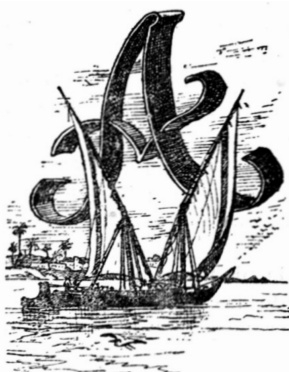




¡NIÑAS AL SALÓN... DEL JUEGO, QUE EMPIEZA EL *BRIEFING*!

Milo SEGURA LAVALLE
Niña del Juego de la Guerra



Sí comenzaba nuestra semana en el Juego de la Guerra de la Escuela de Guerra Naval (EGN).

Vamos a situarnos en el tiempo, porque si he conseguido despertar la curiosidad y las ganas de seguir leyendo puede que alguien no sepa de qué estoy hablando. Estamos en 1977, año en el que empecé a trabajar en el simulador táctico de la EGN, en lo más parecido a ser marino de guerra a lo que una mujer podía aspirar en aquella época. Yo quería ponerme ese uniforme azul que llevaba mi vecina Marian, que trabajaba en la EGN y no era secretaria.

Cuando se aprobó la incorporación de la mujer a la Fuerzas Armadas para nosotras ya era tarde por cuestión de edad, pero no nos importaba; ya llevábamos muchos años «yendo a la guerra».



Creo que hubiera sido un buen oficial de la Armada, como cualquiera de las otras veintidós —sí, veintidós— Niñas del Juego de la Guerra, pero puede que esta creencia solo sea fruto de algo que es imposible verificar. ¡Éramos un buen pelotón! Estoy segura de que todas ellas podrían firmar este artículo.

Fueron muchos años, yo exactamente veintidós, y muchos juegos, «muchu guerra». Nosotras probábamos los equipos jugando el supuesto planteado por los profesores y la solución elegida entre todas las presentadas por los alumnos, y el jueves venían los futuros *Hombres G* y el ejercicio era de ellos; bueno de ellos y de nosotras, que ya sabíamos de qué iba todo.

Cuántas anécdotas, cuántos buenos ratos, cuántas risas y cuántos amigos... De los malos momentos, que debió de haberlos, no conservo ni un solo recuerdo (aunque puede ser por la edad).

Los primeros años se «jugaba» en un simulador, que era como el CIC de un barco, con un DRT en el que había que dibujar la costa y no siempre se acertaba. Recuerdo un juego en el que lanzábamos misiles sobre un contacto que a los demás les daba en tierra: «no pasa nada, seguimos lanzando sobre el camión», dijo el comandante; por supuesto, la costa estaba mal dibujada. A mí me encantaba el radar y la pantalla aérea, y me veía como en las películas americanas.

Como decía, pasamos de esos equipos a unos ordenadores enormes con unas pantallas llenas de información, tres teclados y tres cursores que se manejaban como los actuales ratones de bola, lo que te exigía tener tantos brazos como un pulpo. Tres bolas amarillas para dirigir los cursores que todos

los alumnos, todos, era lo primero que tocaban y lanzaban por la pantalla al entrar en la cabina, y digo todos porque daba igual el empleo, eran alumnos y como tales se comportaban. De ahí quedó para todas la frase de una compañera, cansada de que el alumno no parara de jugar con los cursores: «comandante no me toque las bolas».

Recuerdo al suboficial don Tomás siempre pendiente de nosotras y que tuvo la genial idea de traernos un día una sonoboya para que viéramos aquello que llevábamos una semana lanzando para encontrar el submarino sin saber cómo era, ese submarino que siempre se escondía debajo de un mercante. Aquel control de comunicaciones que se pedía por orden de cabinas y que no sé si alguna vez llegó a ser «por orden»; los esfuerzos por proteger el lápiz negro de tu cabina, que si lo perdías eras capaz de ofrecer tu anillo de pedida para recuperarlo, o aquellos gritos por los pasillos cuando empezaba el juego y algo no funcionaba, como los de alguien que ¡no podía despertar! hasta que le hicimos ver que su unidad era un submarino.

Pero estas líneas no son para contar anécdotas, eso se queda para nuestras comidas y meriendas.

Siempre creí que nos jubilaríamos en la Escuela y que a los destinados allí, soportando la menopausia de 22 mujeres juntas, habría que ponerles «Valor reconocido» en la Hoja de Servicios; pero no, no sucedió así.

Ahora, desde una secretaría particular en el Órgano Central, donde mi trabajo no tiene nada que ver con el que empecé mi vida laboral, y donde debo de ser muy pesada porque alguno me llama «España en la memoria», es por lo que quiero, sin contar una anécdota más, escribir estas letras que espero





lleguen a sus destinatarios, para expresar mi reconocimiento y agradecimiento a todos aquellos almirantes, oficiales y suboficiales, profesores y alumnos, que nos enseñaron tanto los conocimientos de táctica, cinemática, guerra electrónica, comunicaciones, etc., como a disfrutar en nuestro trabajo, y sobre todo a amar a la EGN y a la Armada. Lo importante era que todo saliera bien y que la Escuela y la Armada quedaran en buen lugar; había que hacer lo que fuera preciso, desde cambiar una bombilla a recibir a un conferenciante, además de «jugar a la guerra».

A mis compañeras, solo agradeceros los buenos años que pasé con vosotras y lo que nos hemos reído; por esa risoterapia nos conservamos tan bien (esto es para animarnos un poco). Bueno, por eso y por el frío que pasamos, con la excusa de «los equipos necesitan esa temperatura». Sé que puedo contar con ellas estén donde estén trabajando, y ellas conmigo, porque «la guerra une mucho». Muchas gracias a todos, especialmente a los profesores de Táctica/Operaciones, que fueron los que directamente nos padecieron, porque con vuestra paciencia y cariño aprendimos a trabajar en equipo, con responsabilidad, con lealtad hacia nuestros jefes y compañeras y poniendo siempre el mayor empeño y dedicación para que fuera un trabajo bien hecho; porque vayamos donde vayamos, no tenemos problemas para trabajar «en lo que nos echen».

Y gracias por transmitirnos ese amor por la Armada, que con el paso del tiempo y alejadas de su influencia, se mantiene en nuestros corazones. Esa fue la mejor enseñanza y ejemplo que recibimos de todos y cada uno de los marinos que pasaron por la Escuela de Guerra Naval.